

“Creación, caída y restauración: Mantener la meta final siempre ante nosotros”.

Homilía, 1.º domingo de Cuaresma, año B

Introducción

El 16 de octubre de 2002, el Papa San Juan Pablo II publicó su Carta apostólica sobre el rosario, *Rosarium Virginis Mariae* (“El Rosario de la Virgen María”). En ella nos dio los misterios luminosos del Rosario. Estos misterios, explica, son los que se manifiestan en la vida pública de nuestro Señor. Mientras que los misterios gozosos nos hacen meditar sobre la narración de la infancia y su infancia, y los misterios dolorosos sobre su Pasión y muerte, y los misterios gloriosos sobre su glorificación y la promesa de su gloria a los santos, estos misterios luminosos, o “misterios de luz”, llenan el vacío de su vida pública, desde su bautismo (el primer misterio luminoso) hasta la institución de la Eucaristía en la Última Cena (el quinto misterio luminoso).

Esencia del mensaje

El tercero de estos misterios es la “Proclamación del Reino”. A diferencia de todos los demás misterios del Rosario, éste no se refiere a un momento específico o acción concreta. Más bien, es un misterio que se repite durante un período prolongado de tiempo, los tres años del ministerio público de nuestro Señor. Pero el punto bien tomado, porque la Proclamación del Reino es la esencia del mensaje de Jesús, la esencia de ese ministerio público, la razón misma por la que vino al mundo.

Vemos esto representado en nuestra lectura del Evangelio para este primer domingo de Cuaresma, que es siempre uno de los relatos de los cuarenta días de ayuno de nuestro Señor en el desierto. La Cuaresma es la invitación de la Iglesia a que nos retiremos con el Señor durante estos cuarenta días al desierto, al silencio de nuestra vida interior. En la vida de nuestro Señor, él se toma este tiempo para preparar su ministerio público. Hoy escuchamos la versión de san Marcos de esta historia. Y escuchamos que, después de salir de esta experiencia desértica, nuestro Señor comenzó su ministerio público proclamando: “Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios ya está cerca”. Desde el primer momento en que aparece en público, nuestro Señor aclara la esencia de por qué vino.

En esa carta apostólica sobre el Rosario, Juan Pablo se refiere a este pasaje del Evangelio de san Marcos al explicar por qué la Proclamación del Reino es uno de los misterios luminosos. Dice:

Misterio de luz es la predicación con la cual Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios e invita a la conversión (cf. *Mc* 1, 15), perdonando los pecados de quien se acerca a Él con humilde fe (cf. *Mc* 2, 3-13; *Lc* 7,47-48), iniciando así el ministerio de misericordia que Él continuará ejerciendo hasta el fin del mundo, especialmente a través del sacramento de la Reconciliación confiado a la Iglesia [*RVM* 21].

La proclamación y la instauración del Reino es la esencia de la misión de nuestro Señor. Y esta, en realidad, es la obra de la restauración. Volviendo al principio de la

Biblia, vemos que la vida de nuestros primeros padres en el Jardín del Edén (antes de la caída) era de armonía: todo estaba en perfecta armonía, el hombre y la mujer entre sí y con la creación, el cielo con la tierra. Y podemos ver cómo eso está prefigurado aquí en la representación de san Marcos del retiro de cuarenta días de nuestro Señor en el desierto: Vivió allí entre animales salvajes, y los ángeles le servían. Después de la caída, cuando el pecado entró en el mundo, esta armonía fue destruida. La obra de salvación de Dios, entonces, está restaurando esta armonía al restablecer Su Reino.

Implicación

Pero hay más en esta historia. Hay una cierta implicación de que el Reino de Dios está cerca. Observen qué más dice nuestro Señor justo después de esto: “Arrepiéntanse y crean en el Evangelio”. Estas palabras deben sonar familiares, como las acabamos de escuchar el miércoles pasado, la fórmula para cuando se imponen cenizas el Miércoles de Ceniza.

Este llamado al arrepentimiento y a creer indican cuáles son realmente las *dos* implicaciones de que el Reino de Dios esté cerca. “Arrepentirse” significa un cambio de vida, la dimensión ética de la vida de fe, o como decimos en el discurso coloquial, “hacer tus deberes”. Pero ¿por qué? Es una consecuencia de la segunda implicación: “crear en el Evangelio”. Esto indica un cambio de actitud, hacia el creer, y puesto que ese creer debe ser puesto en acción, trae consigo el cambio de vida, sólo hecho posible por una gran humildad.

Este es el propósito de la Cuaresma, un tiempo de renovación: así que comenzamos con el signo externo de penitencia, las cenizas colocadas en la frente (aunque este año tuvimos que hacerlo un poco diferente, ¡sobre la cabeza!). Esta es también la razón para hacer hincapié en el Sacramento de la Reconciliación: también es una obra de restauración, especialmente en consonancia con el espíritu del tiempo de Cuaresma.

Bautismo

La restauración es también el significado de la historia de Noé y el diluvio. Todo esto es indicativo del ciclo de creación, caída y restauración. Observen la restauración que Dios promete después de que el diluvio disminuya: “Ésta es la alianza que establezco con ustedes: No volveré a exterminar la vida con el diluvio, ni habrá otro diluvio que destruya la tierra”. Este ciclo es algo que experimentamos en la experiencia humana diaria. Recuerdo, por ejemplo, cómo una vez escuché a alguien describir las etapas del matrimonio (al menos, para aquellas parejas que perseveran y descubren cómo tener éxito en ello): “el ideal, el trato crudo y el nuevo trato” (en inglés: “the ideal, the raw deal, and the new deal”).

En el plan de salvación de Dios, el Bautismo es el “nuevo trato”. Las aguas del diluvio son un símbolo de eso, un símbolo de las aguas del bautismo que lavan la vieja vida de pecado y corrupción y abren la libertad de vivir una vida nueva y purificada con una nueva actitud de fe. Esto sucede a menudo, por ejemplo, a las personas que se engañan para que entregarse a sí mismas en esa forma de vida corrupta (engañadas para pensar que

era lo ideal) y luego finalmente descubren que realmente era el “trato crudo” (en inglés, el “raw deal”). ¡Descubren cuánto mejor es el nuevo trato (en inglés, el “new deal”)!

En nuestra segunda lectura, san Pedro explica este significado sacramental que está prefigurado en la historia de Noé: “a paciencia de Dios aguardaba, mientras se construía el arca, en la que unos pocos, ocho personas, se salvaron flotando sobre el agua. Aquella agua era figura del bautismo, que ahora los salva a ustedes y que... consiste... en el compromiso de vivir con una buena conciencia ante Dios, por la resurrección de Cristo Jesús”. Una conciencia tranquila: ese es el cambio de vida, viviendo el nuevo trato, que comienza con el signo externo del agua del bautismo.

Objetivo

Y así la Iglesia nos presenta esta visión en el primer domingo de Cuaresma cada año, para mantener nuestros ojos fijos en la meta: la celebración de la iniciación cristiana en Pascua, y la renovación de las promesas bautismales para aquellos ya iniciados.

La Iglesia nos da estos recordatorios constantes para ayudarnos a mantener el objetivo final siempre ante nuestros ojos. Tenemos esto al comienzo de la Cuaresma, en este primer domingo, como lo haremos una vez más el próximo domingo, aún temprano en este Tiempo, ya que la lectura del Evangelio para el segundo domingo de Cuaresma es siempre un relato de la Transfiguración de nuestro Señor (el cuarto misterio luminoso).

El Rosario en sí es otra manera de mantener nuestros ojos fijos en nuestro destino final, ya que es una oportunidad para que meditemos sobre los misterios salvadores de nuestra fe en la vida de Nuestro Señor y Nuestra Señora en esta tierra. Por eso es tan

importante rezar el Rosario todos los días. La Iglesia nos anima a hacer esto, al igual que nuestra Santísima Madre cuando aparece en cualquier parte del mundo.

También es parte de la espiritualidad de vivir la consagración de nuestra Arquidiócesis al Inmaculado Corazón de María, que tuve la gran gracia de celebrar hace más de tres años. Vivimos esta consagración rezando el rosario diariamente, pasando una hora de adoración de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento al menos una hora a la semana, y observando el ayuno corporal y otros actos de penitencia —sí, sobre todo durante la Cuaresma, pero también los viernes durante todo el año.

Conclusión

Todo esto está orientado a ayudarnos a mantener nuestra visión siempre fija en la meta final: la conformidad con Cristo para compartir su vida cada vez más abundantemente en este mundo, y así compartir la plenitud de esa vida para siempre en el mundo venidero.

Permítanme concluir refiriéndome una vez más a la Carta apostólica de Juan Pablo sobre el Rosario, donde correlaciona los misterios del Rosario con la vida del cristiano, que también a su manera resume el significado de la Cuaresma para nosotros:

La espiritualidad cristiana tiene como característica el deber del discípulo de configurarse cada vez más plenamente con su Maestro (cf. *Rm* 8, 29; *Flp* 3, 10. 21). La efusión del Espíritu en el Bautismo une al creyente como el sarmiento a la vid, que es Cristo (cf. *Jn* 15, 5), lo hace miembro de su Cuerpo místico (cf. *I Co* 12, 12; *Rm* 12, 5). A esta unidad inicial, sin

embargo, ha de corresponder un camino de adhesión creciente a Él, que oriente cada vez más el comportamiento del discípulo según la ‘lógica’ de Cristo: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (*Flp* 2, 5). Hace falta, según las palabras del Apóstol, «revestirse de Cristo» (cf. *Rm* 13, 14; *Ga* 3, 27) [*RVM* 15].